Casi como en casa

Dos formas de vivir. Un lugar para estar cerca



Laura Bellini

Casi como en casa

Dos formas de vivir. Un lugar para estar cerca

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384904510

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - Un hombre con su propio plan 10
Capítulo 2 - Condiciones que no figuraban en el contrato 22
Capítulo 3 - El camino no siempre es recto..... 36
Capítulo 4 - Más allá del mapa 48
Capítulo 5 - La frontera entre el trabajo y el deseo..... 62
Capítulo 6 - El lugar donde uno puede quedarse..... 70
Capítulo 7 - La mañana después del cambio 83
Capítulo 8 - Su mundo..... 94
Capítulo 9 - Una prueba en mis propios términos..... 110
Capítulo 10 - Cuando dejas de ser una invitada 122
Capítulo 11 - La luz de la mañana 132
Capítulo 12 - Un lugar que yo no había elegido..... 141
Capítulo 13 - El precio de un plan compartido.....153
Capítulo 14 - Las cosas que callamos 163
Capítulo 15 - Un hogar construido sin preguntar.....173
Capítulo 16 - Cuando hay que marcharse 185
Capítulo 17 - Dos caras del mismo camino.....198
Capítulo 18 - Un lugar al que regresar..... 207
Capítulo 19 - Un lugar el uno al lado del otro..... 217
Capítulo 20 - Casi como en casa 228

INTRO

La última parada de mi ruta estaba junto a un lago, en las afueras de un pueblo cuyo nombre después fui incapaz de pronunciar sin consultar el mapa. Aquella tarde, sin embargo, eso no tenía ninguna importancia. Los niños estaban sentados sobre mantas entre los juncos, los adultos sostenían vasos de cartón con té caliente y yo leía en voz alta un fragmento de una novela cuya protagonista había pasado media vida intentando encontrar un lugar donde nadie esperara nada de ella. Cuando cerré el libro, una de las niñas se acercó a mi furgoneta y me preguntó si volvería algún día.

-Si la carretera sigue siendo transitable -respondí.

-¿Y si no lo es?

-Encontraré otra.

Sonrió como si aquella fuera precisamente la respuesta que esperaba. A mí también me gustaba. Era sencilla, sincera y, desde hacía mucho tiempo, representaba mi manera de entender la vida.

Mi vehículo actual, una furgoneta blanca con un rótulo azul marino que decía «Librería sobre ruedas», estaba aparcado unos metros más allá, con las puertas traseras completamente abiertas. En su interior olía a papel, madera y café, del que había derramado un poco sobre el suelo de goma durante la parada de aquella mañana. Las estanterías resistían con dignidad, aunque una de ellas llevaba una semana chirriando cada vez que tomaba una curva y para cerrar la puerta lateral tenía que empujarla con la cadera. Quería aquella furgoneta por todo lo que me había permitido

hacer, pero cada vez tenía más la sensación de estar pidiéndole más de lo que podía ofrecerme.

Por eso había comprado otra.

Había empezado con tres cajas, una mesa plegable y un vehículo que, después de cada día de lluvia, olía a tapicería húmeda. Con el tiempo, la gente comenzó a esperarme en los mismos lugares. Algunos venían buscando novelas policíacas; otros me devolvían libros que habían comprado un mes antes para recomendármelos con tanto entusiasmo como si estuvieran confiándome un secreto familiar. A veces alguien se quedaba conversando mucho más tiempo del que había previsto dedicar a comprar. Precisamente por esos momentos quería un espacio interior más amplio: no para tener más mercancía, sino para que nadie tuviera que quedarse bajo la lluvia mientras elegía su próxima historia.

Todavía no era una librería. Era una furgoneta de segunda mano que había conocido tiempos mejores y acumulaba varias reparaciones realizadas con tanta imaginación que su anterior propietario quizá debería haberse dedicado a escribir novelas. Ahora estaba en un taller a las afueras de una pequeña localidad, esperando su transformación. Le instalarían estanterías, una encimera plegable, espacio para las cajas de libros y una puerta amplia por la que se pudiera entrar sin tener que agachar la cabeza. Quería que se convirtiera en algo más que un vehículo con estantes. Mi intención era crear una pequeña librería capaz de detenerse junto a un lago, en una plaza o delante de una escuela y después continuar su camino antes de que alguien pudiera preguntarme cuándo pensaba echar raíces de una vez.

Tenía un plan. Había preparado una ruta detallada por Warmia, una lista de bibliotecas y pequeñas fiestas locales, fechas provisionales para los encuentros e incluso una

reserva para participar en la feria del libro de Olsztyn. El nuevo vehículo debía estar listo antes del comienzo de la temporada. No necesitaba ningún milagro. Necesitaba un trabajo bien hecho, un presupuesto razonable y personas que comprendieran que una librería móvil no era simplemente una furgoneta de reparto con un interior más bonito.

Aquella noche, cuando regresé al taller, el sentido común me decía que debía irme a casa. En lugar de eso, aparqué junto a la entrada, apagué el motor y permanecí unos instantes en silencio. En el habitáculo todavía se conservaba el calor acumulado durante todo el día y la humedad comenzaba a empañar los cristales. A lo lejos se escuchaba el ruido de la carretera y el ladrido aislado de un perro. Aún tenía que comprobar las medidas del interior, compararlas con los planos y asegurarme de que la encimera plegable cabría en el diseño. Al día siguiente empezaría el verdadero trabajo. No quería dejar nada para más adelante.

En el taller había una sola lámpara encendida. La puerta lateral no estaba cerrada, así que entré llamando al mecánico por su nombre, pero lo único que recibí como respuesta fue el silencio. Mi nueva furgoneta estaba en el centro de la nave, desprovista de algunos de sus paneles laterales. Sin ellos parecía más grande y, al mismo tiempo, más vulnerable. Deslicé la mano por el borde frío de la chapa, como si aquel gesto pudiera ayudarme a comprobar si la decisión de comprarla había sido sensata.

Sobre la mesa había una copia impresa del proyecto. La extendí junto a la cinta métrica y empecé a comparar las dimensiones. Encontré el primer problema enseguida: el hueco donde había previsto colocar las estanterías inferiores era más estrecho de lo que indicaba la documentación. El

segundo apareció poco después. Si mantenía el pasillo tan ancho como quería, la encimera plegable tendría que ser más corta. Si ampliaba la encimera, alguien tendría que pasar de lado entre las estanterías.

Me senté sobre una caja colocada boca abajo. No era ninguna catástrofe. Me gustaba resolver problemas, sobre todo aquellos que tenían medidas concretas y no exigían adivinar las intenciones de otras personas. Podía desplazar las estanterías, modificar la profundidad de la encimera o prescindir de uno de los armarios. Sin embargo, no pensaba sacrificar la comodidad de quienes entrarían allí. Los libros no necesitaban lujos. Las personas necesitaban un lugar donde pudieran sentirse cómodas durante un rato.

Deslicé la cinta métrica por el suelo y anoté otras cifras. Para mí era importante que hubiera un pasillo por el que dos personas pudieran cruzarse sin tener que disculparse ni contener la respiración. También quería dejar espacio para un pequeño taburete, porque los clientes mayores a menudo necesitaban sentarse un momento antes de decidirse por un libro. Había incorporado aquellas necesidades al proyecto desde el principio. No eran adornos ni detalles secundarios. Eran precisamente lo que diferenciaba una tienda que simplemente viajaba de un lugar al que la gente deseaba regresar.

Saqué mi cuaderno del bolso. En la primera página tenía anotadas fechas, nombres de localidades y los nombres de las personas que se habían comprometido a ayudarme durante los primeros encuentros. Al lado, escritos con otro color, aparecían los asuntos pendientes. La mayoría ya estaban tachados. Al contemplar aquella lista, sentí un alivio breve y desagradable: todo dependía de mí. Si algo salía mal, no tendría que preguntarme si alguien había cumplido

su palabra. Y si salía bien, nadie podría decir que se lo debía a la generosidad de otra persona.

El teléfono vibró sobre la mesa. Era un mensaje del mecánico, bastante breve: «Mañana a las ocho vendrá Witek. Es el diseñador. Tenéis que decidir una nueva distribución desde cero porque, con estas medidas, la actual no va a funcionar».

Lo leí dos veces. No me gustaba que alguien me informara de un cambio de planes como si mi presencia fuera un simple trámite. Respondí que estaría allí a las ocho y que quería ver todas las opciones antes de que nadie empezara a cortar nada.

Durante un instante tuve la tentación de añadir que aquella era mi librería, que era mi dinero y que la ruta también era mía. No lo hice. Todavía no conocía al hombre que iba a venir, no sabía cómo trabajaba ni si sabía escuchar. No pensaba comenzar una colaboración discutiendo con alguien que, quizá, simplemente era bueno en su oficio.

Apagué la lámpara y salí al exterior. El aire olía a hierba mojada y a agua. En el aparcamiento, mi vieja furgoneta esperaba pacientemente, como un perro fiel que no hace preguntas, ni siquiera cuando regreso más tarde de lo que había prometido. Apoyé la espalda contra uno de sus laterales y miré hacia la carretera. Al día siguiente conocería al hombre de quien dependía la forma definitiva de la nueva librería. Mi plan estaba preparado, al menos sobre el papel. Solo que, por primera vez en mucho tiempo, ya no se trataba únicamente de decidir adónde quería ir.

¿Sería capaz de permitir que otra persona participara en las decisiones sobre un lugar que debía ser mío sin perder, por ello, el derecho a marcharme en cualquier momento?

Capítulo 1 - Un hombre con su propio plan

A las ocho y cinco ya estaba en el taller, con el cuaderno bajo el brazo, dos vasos de café y la convicción de que, al menos aquel día, nada debería sorprenderme. Dejé uno de los vasos sobre la mesa, junto a la documentación, y tenía pensado beberme el otro durante el viaje de vuelta, si la conversación con el diseñador resultaba tan larga como había anunciado el mecánico en su mensaje. Mi plan para aquella mañana era sencillo: inspeccionar el vehículo, hablar de las dimensiones, establecer el orden de los trabajos y salir de allí con un calendario concreto. No tenía ninguna intención de pasarme horas discutiendo sobre si una librería sobre ruedas era una buena idea. Esa etapa ya la había superado.

Dentro sonaba la radio, alguien arrastraba piezas metálicas sobre el suelo de hormigón y, junto a mi furgoneta, había un hombre con una camisa oscura y las mangas remangadas. Sostenía un plano enrollado en una mano y apoyaba la otra en el borde de la puerta abierta. No parecía alguien que hubiera venido simplemente a echar un vistazo al proyecto. Tenía el rostro concentrado, el ceño ligeramente fruncido y esa clase de tranquilidad que, en ocasiones, puede resultar más irritante que las prisas.

-¿Alina Rataj? -preguntó antes de que pudiera presentarme.

-Depende de quién pregunte.

Se volvió hacia mí.

-Sławomir Witek. Me han encargado diseñar el interior de este vehículo y asegurarme de que, después de la reforma, siga siendo apto para circular.

Me tendió la mano. Su apretón era firme, pero sin esa fuerza exagerada de quien necesita demostrar algo. Me fijé en unas pequeñas manchas de grasa junto a las uñas y en un reloj con la correa arañada. No tenía aspecto de ser alguien que pasara todo el día sentado detrás de un escritorio, aunque su profesión pudiera sugerirlo.

-Encantada. Espero que haya tenido tiempo de revisar el proyecto.

-He tenido tiempo. Por eso quería ver el vehículo antes de hablar.

-Pero si lo tiene delante.

-Precisamente por eso.

No respondí. Dejé el café sobre la mesa y extendí la documentación. Había preparado tres versiones de la distribución de las estanterías, dos alternativas para la encimera y una lista del equipamiento que no pensaba eliminar. Todo estaba descrito, medido y cuidadosamente estudiado. No había comprado una furgoneta para que ahora una persona cualquiera me organizara el interior según sus propios gustos.

Sławomir desplegó su plano junto al mío. Observó los dibujos y después deslizó un dedo a lo largo de la estructura prevista.

-¿Esta es su versión definitiva?

-Sí.

-¿Quién la ha preparado?

-Yo. Consulté las dimensiones con el mecánico anterior, pero la idea es mía.

-Se nota.

No estaba segura de que aquello fuera un cumplido.

-¿Hay algo que no le convenza?

-Varias cosas.

Desplazó la documentación hacia mí y señaló la parte inferior de la estructura.

-Aquí quiere colocar las cajas más pesadas. Aquí, el frigorífico y, al otro lado, el depósito de agua. Sobre el papel todo parece razonable, pero no está teniendo en cuenta cómo se comportará el vehículo en carretera. Con la carga completa, la distribución del peso podría convertirse en un problema.

-Por eso he contratado a un diseñador.

-Entonces, permítame hacer esa parte de mi trabajo.

Lo dijo con tranquilidad, sin el menor rastro de ironía. Y precisamente por eso no podía descartar su observación como un simple intento de marcar su territorio.

Me acerqué a la furgoneta y miré en su interior. En el suelo estaban los paneles que ya habían desmontado y, en la parte trasera, alguien había marcado con cinta adhesiva los lugares donde irían las futuras estanterías. En mi imaginación ya veía allí los libros, un pequeño mostrador y dos asientos plegables. No necesitaba una autocaravana de lujo. Quería crear un espacio donde alguien pudiera hojear tranquilamente un libro, conversar conmigo y no sentir que molestaba a los demás clientes.

-No quiero que cambie todo el concepto -dije-. Necesito un pasillo despejado, estanterías bajas y una encimera que

pueda desplegar durante las paradas. No tengo intención de vivir dentro de esta furgoneta.

Sławomir levantó la mirada de los planos.

-No estoy diseñando su vivienda.

-Perfecto. Porque empezaba a preocuparme.

Una sonrisa fugaz apareció en su rostro.

-Estoy diseñando un vehículo que transportará personas, libros, equipamiento y probablemente algunas cosas más que iré descubriendo sobre la marcha. Necesito saber cómo piensa utilizarlo.

-Viajaré por Warmia. Bibliotecas, escuelas, eventos locales, ferias. A veces serán pueblos pequeños y otras veces ciudades más grandes. No pienso regresar todos los días al mismo sitio.

-¿Cuánto durarán las paradas?

-Depende. Desde una hora hasta un día entero.

-¿Y las noches?

-Dependerá de la ruta.

Me observó durante unos instantes, como si intentara encajar mi respuesta con algo que ya había escuchado.

-Entonces, el vehículo tiene que ser autosuficiente.

-Tiene que ser práctico.

-No siempre significa lo mismo.

No me gustó que hablara como si tuviera que explicarme los principios básicos de dirigir mi propio negocio. Tenía treinta y seis años, llevaba varios años al frente de una librería y sabía perfectamente cuánto podía costar una decisión equivocada. No necesitaba un tutor.

-Señor Witek, no he venido para que evalúe mi idea. He venido para conseguir un proyecto que me permita llevarla a cabo.

-Y yo no he venido para dibujar algo que quede precioso en una visualización y resulte peligroso cuando esté cargado.

Se hizo el silencio. Desde el otro extremo de la nave llegó el sonido de un martillo golpeando una superficie metálica. Sławomir no apartó la mirada. Tampoco intentó suavizar sus palabras. Había en él una franqueza que podría haber resultado irritante si no fuera porque no parecía un hombre que hablara únicamente para salirse con la suya.

-De acuerdo -dije-. Entonces, enséñeme exactamente qué quiere cambiar.

Extendió su dibujo sobre el capó de un vehículo cercano. Su propuesta se diferenciaba de la mía principalmente en el sistema de fijación de las estanterías y en la distribución de los elementos más pesados. Quería utilizar una estructura modular que pudiera desmontarse parcialmente si necesitaba transportar una cantidad mayor de cajas. La encimera estaría sujeta a la estructura de la pared y no a un único armario. En la parte inferior también había previsto refuerzos adicionales.

-Tiene sentido -admití después de un momento-. Pero si cubrimos toda la pared con muebles, perderé espacio para exponer los libros.

-No estoy proponiendo cubrir toda la pared.

-En el dibujo parece otra cosa.

-Porque todavía no he dibujado todos los elementos. Primero necesito saber qué es lo que realmente necesita.

-Le he enviado una lista.

-La lista me dice lo que quiere. No me dice a qué podría renunciar.

-A nada que sea importante para el funcionamiento de la librería.

Me miró con un interés evidente.

-Esto va a ser más complicado de lo que pensaba.

-Puedo recomendarle un trabajo más sencillo. Por lo visto, en Olsztyn alguien está buscando un diseñador para acondicionar una autocaravana normal.

-Y, por lo visto, usted está buscando a alguien capaz de construir una librería sobre ruedas.

Esta vez fui yo quien sonrió primero. No porque me hubiera convencido, sino porque no esperaba aquella respuesta. No había levantado la voz ni había intentado imponerse. Simplemente no estaba dispuesto a ceder en algo de lo que era profesionalmente responsable.

-De acuerdo. Empecemos por los detalles.

Durante los siguientes cuarenta minutos medimos el interior. Sławomir trabajaba deprisa, pero sin precipitarse. Comprobaba cada medida dos veces, la anotaba en el plano y añadía breves observaciones. Cuando le pregunté por qué desplazaba unos centímetros el punto de fijación de una estantería, me mostró una parte de la estructura que yo no había advertido. Señaló el lugar por donde pasaba uno de los refuerzos de la carrocería y explicó que no pensaba alterar los elementos responsables de la rigidez del vehículo.

Escuchaba sus explicaciones, aunque no tenía intención de ponérselo fácil.

-¿Y aquí? -pregunté, señalando la parte trasera-. Me gustaría poder sacar dos cajas sin tener que mover las demás.

-Podemos instalar un módulo extraíble.

-No quiero guías pesadas. La furgoneta tiene que circular, no quedarse aparcada en una exposición de muebles.

-Estoy de acuerdo. Por eso utilizaremos topes y guías adaptadas a la carga. No voy a instalarle un cajón de cocina.

-Me alegro. No me gustan las cocinas sobre ruedas.

-Y a mí no me gustan las librerías en las que los libros salen disparados en la primera curva cerrada.

Lo miré. Él sostuvo mi mirada durante un instante y después volvió a las mediciones. Me pregunté si siempre necesitaba tener la última palabra o si solo le ocurría con los clientes que no aceptaban sus propuestas sin discutirlas.

Una hora después, Marek, el propietario del taller, entró en la nave con el teléfono pegado a la oreja. Nos saludó con un gesto de cabeza y dejó una carpeta sobre la mesa.

-Veo que ya os habéis conocido.

-Empezamos desde cero -respondió Sławomir.

-No exageres. Todavía no hemos desmontado el vehículo hasta el último tornillo.

-Pero el proyecto necesita cambios.

Marek me miró, esperando mi reacción.

-Nada que no podamos solucionar -dije.

-Exactamente. Por eso os he puesto en contacto. Sławek sabe más de este tipo de acondicionamientos que cualquiera que pudiera traer aquí. Y Alina sabe

perfectamente lo que quiere. Seguro que llegáis a un acuerdo.

-Precisamente estamos intentándolo -respondí.

Marek soltó una risa discreta y regresó a su despacho.

Mientras tanto, Sławomir extendió otros planos sobre la mesa. En uno aparecía una sección transversal del vehículo con el centro de gravedad señalado. En el otro había un boceto de los módulos que quería fabricar con contrachapado ligero y perfiles de aluminio.

-Tengo otra observación -dijo-. No podemos diseñar esta furgoneta pensando únicamente en cuando esté aparcada.

-¿Por qué?

-Porque pasará la mayor parte del tiempo circulando. Si las estanterías son demasiado profundas, tendrá que asegurar los libros por separado. Si la encimera es demasiado ancha, dificultará el paso. Y si no dejamos suficiente espacio junto a la entrada, durante los eventos la gente tendrá que hacer cola fuera.

Deslizó un dedo por el plano.

-Me gustaría ver cómo funciona su librería actual durante una jornada de trabajo.

-¿Para qué?

-Para observar cómo atiende a los clientes. Cómo coloca los productos, dónde deja los libros, qué hace cuando alguien quiere consultar varios títulos a la vez. Diseñar sin observar sería hacer suposiciones.

No me esperaba aquella propuesta. La mayoría de las personas a las que les hablaba de mi librería enseguida preguntaban cuántos libros tenía, cuántos metros cuadrados

necesitaba o cuánto esperaba ganar. Él quería ver cómo transcurría un día normal.

-Mañana tengo un encuentro en una de las localidades cercanas a Olsztyn -dije-. Pero no es una excursión turística.

-No he propuesto ninguna excursión.

-Y tampoco va a decidir adónde tengo que ir.

-No es mi intención.

-Bien. Porque la ruta ya está establecida.

Miró mi cuaderno.

-¿Para cuánto tiempo?

-Para varias semanas. Después tengo otras fechas programadas.

-¿Y la furgoneta tiene que estar lista antes de la primera salida?

-Sí.

-Entonces tenemos menos tiempo del que pensaba.

-Por eso necesito que tomemos decisiones concretas.

Sławomir enrolló una parte de los dibujos.

-En ese caso, propongo que primero comprobemos la distribución de la carga. Sin eso no aprobaré el acondicionamiento definitivo. Puedo preparar dos alternativas, pero necesito conocer la cantidad real de libros y equipamiento. No quiero basar el proyecto en estimaciones.

-Mañana puedo traer algunas cajas.

-¿Todas?

-No pienso trasladar toda la librería al taller.

-Con unas cuantas representativas será suficiente. De distintos formatos y pesos.

-Eso sí puedo hacerlo.

Cerré el cuaderno. No habíamos conseguido todo lo que me había propuesto, pero al menos sabía dónde estábamos. Sławomir no pensaba aceptar mi proyecto sin modificaciones, y yo no tenía intención de permitirle transformar el espacio a su antojo. Sin embargo, teníamos un punto de partida común: el vehículo debía funcionar, no limitarse a tener buen aspecto.

Mientras recogía los documentos, observé que en uno de los planos había dibujado un pequeño taburete plegable junto a la entrada.

-Eso no estaba en mi proyecto -dije.

-Mencionó que algunos clientes mayores necesitan un lugar donde sentarse tranquilamente a hojear los libros.

Me detuve con la carpeta en la mano.

-¿Se acordaba?

-Estamos hablando de una librería, no de un armario para un dormitorio.

No entendía por qué aquel pequeño detalle me había impresionado más que todos sus argumentos técnicos. Quizá porque desde el principio había esperado tener que luchar por cada centímetro, mientras que él había recordado algo que ni siquiera había señalado en el dibujo.

-El taburete tiene que ser plegable -dije.

-Por supuesto.

-Y no puede bloquear la entrada.

-Lo sé.

-Y tiene que ser cómodo.

-De verdad que le gusta poner condiciones.

-Es mi librería.

-Empiezo a entenderlo.

Cogió el plano y añadió algunas medidas. No intentó convencerme de que su propuesta era mejor. Simplemente incorporó mis observaciones.

Me detuve un momento más junto a la puerta del taller.

-Mañana estaré aquí después de las nueve. Traeré las cajas.

-De acuerdo. Prepararé las alternativas de la estructura.

-Y recuerde que no quiero convertir esto en una autocaravana.

-Y yo le pido que recuerde que no estoy construyendo estanterías para un remolque de camping.

Negué con la cabeza.

-Veo que va a ser un colaborador difícil.

-Mutuamente, señora Alina.

Me marché antes de que pudiera responder. En el aparcamiento encontré las llaves en el bolsillo del abrigo y permanecí un momento sentada al volante. Tenía por delante varias semanas de trabajo, un presupuesto limitado y un diseñador que parecía interpretar cada una de mis ideas como una invitación a debatirlas. Debería haber estado irritada. Lo estaba.

Y, sin embargo, mientras arrancaba, recordé su comentario sobre el taburete plegable.

No había olvidado para quién estaba destinada realmente aquella librería.

Y aquello resultaba mucho más peligroso para mi tranquilidad de lo que estaba dispuesta a admitir.

Capítulo 2 - Condiciones que no figuraban en el contrato

A la mañana siguiente llegué al taller con tres cajas de libros, una esterilla protectora enrollada y una bolsa en la que llevaba una cinta métrica, mi cuaderno y algunos objetos necesarios para reproducir la distribución cotidiana de la librería. Una de las cajas contenía álbumes pesados y libros de tapa dura; otra, novelas de bolsillo, y la tercera, ejemplares de distintos formatos que solían dar problemas a la hora de colocarlos en las estanterías. No quería que Sławomir diseñara el espacio basándose únicamente en las medidas. Los libros tenían tamaños diferentes y los clientes no siempre los devolvían al lugar del que los habían cogido.

En el taller ya había movimiento. Marek hablaba con un proveedor, dos mecánicos preparaban el vehículo para continuar desmontándolo y Sławomir estaba junto a mi furgoneta. Llevaba un jersey oscuro y pantalones de trabajo. Sobre la mesa ya había varios planos nuevos, esta vez con los puntos de fijación señalados.

-Puntual -comentó cuando me vio.

-¿Eso es bueno?

-Desde luego. Sobre todo teniendo en cuenta que ha traído media librería.

-Solo la parte que puede interesarle.

Levantó una de las cajas antes de que yo pudiera agarrarla por el asa.

-Pesan más de lo que parecen.

-Álbumes de arquitectura y fotografía. Algunos pesan más que un perro pequeño.

-Entonces no los colocaremos en la estantería más alta.

-Por fin una decisión en la que estamos de acuerdo.

Sonrió, pero no respondió. Dejó las cajas junto a la entrada y me pidió que le enseñara cómo solía organizar los libros. Extendí la esterilla, saqué varios títulos y empecé a explicarle por qué algunos debían estar al alcance de la mano, mientras que otros podían guardarse en los módulos inferiores. Le hablé de los lectores que llegaban buscando un título concreto y de aquellos que necesitaban un pequeño estímulo para decidirse. De los niños que elegían los libros por las ilustraciones de las cubiertas y de las personas mayores que preferían leer primero un fragmento.

Sławomir escuchaba mientras colocaba los libros sobre la mesa. No me interrumpía ni proponía inmediatamente sus propias soluciones. Solo cuando terminé, tomó uno de los álbumes.

-Esto no se puede hojear cómodamente estando de pie.

-Por eso quiero una encimera.

-¿Y si dos personas quieren consultarlo al mismo tiempo?

-Entonces necesito espacio para que puedan colocarse una al lado de la otra.

Observó el ancho de la caja y después midió el espacio entre la puerta y la estructura prevista.

-Haremos una encimera extraíble con la posibilidad de desplegar una sección adicional. Pero tendremos que reforzar la fijación.

-¿Cuánto aumentará eso el coste?

Me dio una cifra aproximada.

-Es más de lo que había previsto.

-Puedo buscar un material más barato, pero no quiero ahorrar en el sistema de fijación.

-No le estoy pidiendo que ahorre en seguridad. Le estoy pidiendo que utilicemos el presupuesto con sensatez.

-Es justo. Veré qué podemos hacer.

Se inclinó sobre el dibujo y empezó a introducir modificaciones. Me di cuenta de que, cuando trabajaba, su rostro perdía parte de la reserva que había mostrado el día anterior. Se volvía más concentrado y, al mismo tiempo, más relajado. No necesitaba hablar de su experiencia. Bastaba con observar cómo organizaba los distintos elementos y comprobaba que sus dimensiones tuvieran sentido en la práctica.

Unos minutos después me tendió uno de los planos.

-Eche un vistazo.

En el dibujo, las estanterías eran más bajas que en mi versión original, pero su distribución permitía aprovechar toda la anchura de la pared. La encimera estaba más cerca de la entrada y el taburete plegable tenía su propio soporte junto al panel lateral. En la parte inferior había reservado espacio para las cajas de transporte.

-Esto tiene mejor aspecto -admití.

-Todavía no lo elogie. Ni siquiera hemos comprobado si todo cabe.

-Pero la idea es buena.

-Me acordaré de este momento.